

EL PERRO FIEL

Autora:

Cintia Lepere

*“Ay, qué vivos
son los ejecutivos,
qué vivos que son.
Del sillón al avión,
del avión al salón,
del harén al edén
siempre tienen razón;
y además tienen la sartén,
la sartén por el mango
y el mango también.”*

“Los Ejecutivos”, María Elena Walsh

Capítulo I

Víctor G. leyó más de diez veces el comunicado, que a esa altura ya habría circulado por toda la Compañía, por lo que en los monitores de las computadoras de quienes hasta entonces habían sido sus compañeros, *mis colegas*, podría leerse el mismo texto:

Tenemos el agrado de informarles que, a partir de la fecha, el Licenciado Víctor G. se encuentra a cargo de la Gerencia de Nuevos Negocios. Le auguramos los mayores éxitos en su gestión.

Víctor G. leyó una vez más el comunicado y sonrió satisfecho; recorrió con la yema de los dedos la suave superficie de su escritorio recién lustrado, resplandeciente; bebió de un solo trago el vaso con agua que su asistente le había dejado junto a una agenda con tapas de cuero y el logotipo de la Compañía impreso con letras doradas. Tomó el teléfono y marcó el interno ciento cincuenta y dos para llamar a su secretaria, y de inmediato se presentó en el despacho Marcela B., la joven asistente que la Compañía había dispuesto para cumplir todos sus caprichos. Y sucedía que Víctor G. no sabía qué pedir a su secretaria, pero el hecho de tenerla a su disposición le brindaba una agradable sensación de placer. Al otro lado del escritorio, la cabeza gacha y las manos sudorosas, Marcela B. aguardaba una orden que la liberase de aquella incómoda situación, pero Víctor G. sólo la miraba, *me miraba fijo*. Al fin, el Gerente le pidió un café, *negro, sin azúcar*, ni un *por favor*, ni un *muchas gracias*.

Luego de beber su café, Víctor G. respiró profundo y retuvo el aire durante unos segundos para luego liberarlo en un suspiro cargado de recuerdos. Llamó a Marcela B. una vez más y le pidió que organizara una reunión con Germán F., Claudio S. y Juan Carlos H.

A la hora indicada, Víctor G. encontró a los tres sentados en torno a la larga mesa de la sala de reuniones. El Gerente saludó con una leve, desganada, inclinación de cabeza y un casi inaudible, *buenos días*.

Germán F., Claudio S. y Juan Carlos H., alguna vez superiores de Víctor G., ahora acudían a su llamado sin réplicas, le obedecían, se deshacían en halagos. Víctor G. los recordaba detrás de sus escritorios, recostados sobre el respaldo de sus amplias butacas de cuero; recordaba su destrato y el desdén de sus miradas cuando se presentaba ante ellos, que le exigían que dijera lo que tuviese para decir, *rápido Víctor G. que no tengo tiempo*, y que se fuera porque no tenían tiempo para perder con su cháchara sin importancia. Entonces, Víctor G. decía lo que tenía para decir y se retiraba. Y ahora, sucedía que era él quien los llamaba y ellos los que acudían a sentarse erguidos a un lado y al otro de la mesa, en butacas de respaldos angostos y bajos, mientras que él, Gerente de Nuevos negocios, a la cabecera de la mesa, se recostaba sobre el amplio respaldo de su butaca de cuero marrón.

Los hombres aguardaban que Víctor G. les revelara el motivo de la reunión, pero él no hablaba, los miraba uno a uno, *nos miraba fijo*, y luego, como si hubiera perdido el interés, apartaba la vista para regresar a papeles que no leía, a perderse en aquellas líneas tipiadas con prolijidad por su asistente y a calcular el momento indicado para decirles a los invitados aquello que tenía para decir, palabras pensadas de antemano, *desde hace años*, que guardaban un oscuro, profundo, deseo de venganza.

Tras tanto silencio, tras tanto pensamiento mudo, Víctor G. se dirigió por fin a Germán F., Claudio S. y Juan Carlos H., y a los tres les habló de sus comienzos en la Compañía, de cuánto había hecho para llegar al puesto que ahora ocupaba y de lo muy merecido que era su ascenso. Recién al final de su monólogo admitió una pequeña intervención de Germán F., apenas un tímido *felicitaciones, Víctor G.* Pero él no quería felicitaciones, quería respeto y, más que respeto, lo que buscaba era obediencia.

Cuando los hombres se retiraron, Víctor G. se encerró en su oficina. Estaba preocupado, sabía que no podía confiar en ninguno de sus subalternos y, a decir verdad, ningún jefe es jefe si no tiene en quién confiar, una mano derecha, un perrito faldero a quien premiar por su fidelidad, *vaya, tómese el día libre*, con migajas, sobras que el perro aguarda agradecido bajo la mesa.

Luego de meditar un momento, Víctor G. se incorporó, se abotonó el saco, se enderezó la corbata y abandonó su despacho dispuesto a recorrer cada uno de los

largos, estrechos, blancos y silenciosos corredores de la empresa; visitó cada oficina y se rió en silencio de los empleados que se enderezaban en sus sillas y daban inicio al golpeteo frenético de sus dedos contra el teclado de sus computadoras al verlo pasar. Le negó el saludo a quien le dio la gana, y saludó sin ganas a otros tantos. Todos le cedían el paso, todos a la espera de las sobras, *todos perros traicioneros en busca de migajas*.

Bajó las escaleras que conducían al sitio más oculto del edificio: un depósito ubicado en el segundo subsuelo, donde se almacenaban artículos de librería y objetos en desuso. Allí, oculto entre grandes torres de cuadernos de espiral, cajas repletas de bolígrafos negros, rojos, azules; resaltadores y hojas en blanco, encontró a Martín P., un joven bajo, regordete, de escaso cabello y mirada gris, quien al distinguir una silueta detrás de las cajas apiladas se incorporó de mala gana para dirigirse al intruso. Se sorprendió al encontrar al flamante gerente rodeado de cientos de trastos viejos, inútiles, olvidados al resguardo de Martín P., encargado de inventariarlos una, y otra, y otra vez.

Con la cabeza gacha y los brazos enlazados tras la espalda, el hombrecito se acercó a Víctor G. Emitió una especie de gruñido, una especie de *buenas tardes, en qué puedo ayudarlo*, que el gerente apenas alcanzó a descifrar. Luego, en silencio, se puso a patear una piedrita que alguien, alguna vez, en algún momento, había llevado hasta allí prendida a la suela del zapato. No estaba impaciente por la respuesta que Víctor G. se demoraba en darle, más bien se sentía molesto ante la presencia de un extraño en aquel ensombrecido mundo construido sólo para él, un universo de cartón, papel y olvido.

Según los registros, Martín P. llevaba en la Compañía algo más de tres años, pero muy pocos empleados sabían de su existencia, y aquellos que alguna vez se lo habían cruzado en algún pasillo, habían olvidado al instante su rostro amarillento y su permanente olor a humedad. Los casuales encuentros con sus compañeros se producían cuando Martín P. abandonaba su refugio para entregar el inventario actualizado, un documento que nadie leía y a nadie importaba pero que él presentaba sin falta el último viernes de cada mes. Alguien, alguna vez y por algún motivo que nadie lograba recordar, había encargado a Marcela B. recibir el inventario de manos de Martín P. Sin embargo, el hombrecito aguardaba que la secretaria se ausentara de su oficina para depositar en su escritorio aquel papel inútil. Entonces, Martín P. cerraba los ojos, respiraba profundo y procuraba arrebatarse al aire algún resabio del perfume de la secretaria.

Cuando aquello no le era suficiente, tomaba algún vaso descartable que por casualidad la secretaria pudiera haber olvidado sobre el escritorio, y se regocijaba al notar la impresión carmín de los labios de la mujer sobre la superficie blanca, lisa, plástica del recipiente, y los restos de café, elixir sagrado desde el preciso momento en el que había humedecido los labios de Marcela B. El hombrecito conservaba los vasos plásticos de papel junto a varias biromes con los capuchones mordisqueados y algunos chicles masticados hasta el cansancio, todas pertenencias de Marcela B. Luego, ya con el vaso, la birome o el chicle oculto en el interior de un bolsillo de su guardapolvo azul, Martín P. se retiraba a su refugio.

Una vez allí, tomaba los chicles, que alguna vez habían sabido a menta o a frutilla, y los colocaba sobre la palma de su mano; algunos aún conservaban algo de la elasticidad original; otros, en cambio, ya se habían transformado en bolillas de yeso en las que Martín P. apreciaba las marcas de los dientes de Marcela B., los rastros de sus implacables muelas y colmillos, con la ilusión de encontrar restos de saliva seca con algún resabio de menta o de frutilla. Por eso, incapaz de resistirse, se introducía los chicles en la boca para saborearlos; procuraba no dejar en el chicle las marcas de sus propios dientes; sólo deseaba disfrutar, por algunos segundos, la mezcla de la saliva de Marcela B. con su propia saliva. En otras oportunidades, tomaba los vasos descartables y trataba de hacer coincidir sus labios con la impresión carmín, para ofrecer un suave y tímido beso a su imaginación.

De entre todos los trastos viejos, Víctor G. alcanzó a distinguir un viejo escritorio metálico pintado con descuido de verde musgo, aunque en los sectores en donde la pintura era más delgada podía apreciarse el marrón original. Aquel mueble en desuso era el mismo que él había utilizado cuando no era más que un simple empleado que acataba órdenes en silencio y en silencio las cumplía. Ahora aquel escritorio era custodiado por Martín P., un hombre al que no recordaba haber visto jamás, que ni se atrevía a mirarlo a los ojos y que podría pasar toda la tarde de pie frente a él si él así lo quisiera; un maltratado perro callejero al que nunca nadie acarició y que, como tantos en la Compañía, acudiría gustoso a recoger las migajas. A Víctor G. le bastó con mirar a Martín P. para darse cuenta de que aquel perro siempre estaría a su servicio.

Federico P. y Elsa M. se habían casado con la ilusión de formar una familia feliz y, en cierto modo, lo habían logrado, al menos en sus primeros diez años de matrimonio. Federico P. era un mediocre abogado que, a fuerza de representar a algunos sujetos de dudosa moral, y luego de haber hecho con ellos más negocios que justicia, logró atesorar cierta cantidad de dinero que le permitía a su familia vivir sin preocupaciones.

Mientras estuvieron casados, Elsa M. había dado a luz a tres varones: Jorge, Francisco y Martín. Los dos primeros llegaron cuando el matrimonio aún creía en un futuro juntos, *hasta que la muerte nos separe*; en cambio, Martín P. había nacido en medio de feroces peleas, reclamos constantes y la certeza de que el matrimonio de Federico P. y Elsa M. pronto llegaría a su fin.

Así fue como, una vez que el matrimonio se disolvió, Jorge y Francisco pasaron a ser el recuerdo vivo de los días felices, de la dicha compartida, mientras que Martín P. no era más que el reflejo de las malas épocas. Por eso, muy en su interior, Elsa M. sentía al pequeño Martín P. como un mal presagio que, a poco de llegar al mundo, había sembrado la desdicha en la familia.

Elsa M. hacía un gran esfuerzo por amar a ese hijo al que tan sólo apreciaba como se aprecia al hijo de una amiga querida, o al perro capaz de permanecer horas detrás de la puerta a la espera de la caricia del amo. Elsa M., de cuando en cuando, acariciaba a su hijo menor, y le besaba la frente no porque deseara hacerlo sino para no decepcionar al pequeño, habituado desde siempre a observar el cariño ajeno, los abrazos para otros, las mejillas de sus hermanos atiborradas de besos de madre, mientras que él, *pobrecito mi hijo*, a veces recibía alguna sobra de cariño, una caricia que se le había resbalado a alguien de la mano, un beso que no era para nadie y que, sin embargo, latía en los labios, un breve abrazo desganado, *un te quiero, hijo*, que casi sonaba verdadero.

Cuando Elsa M. murió, Martín P. permaneció largo rato recostado junto a la tumba. En el momento en que los guardias del cementerio se acercaron para advertirle, *joven, ya es hora de retirarse*, que era hora de retirarse, él se incorporó despacio, se sacudió la tierra húmeda de las manos y se aventuró a la salida con aquel andar de perro abandonado en busca de dueño. Y desde ese mismo día, se refugió en

el depósito de la Compañía, donde se conformaba con aquellos vasos, con aquellos besos descartables.